

LA FALACIA DEL *SECTOR PÚBLICO*

► Murray
N.
Rothbard

CLÁSICOS
CONTEMPORÁNEOS | 11

LA
FALACIA
DEL
SECTOR PÚBLICO

► Murray
N.
Rothbard

CLÁSICOS
CONTEMPORÁNEOS

www.cedice.org.ve

**LA
FALACIA
DEL
SECTOR PÚBLICO**

► Murray
N.
Rothbard

CEDICE LIBERTAD,
PRIMERA EDICIÓN, 1985
SEGUNDA REEDICIÓN, 2019

DL: DC2019001503
ISBN: 978-980-7118-78-1

**COLECCIÓN
CLÁSICOS
CONTEMPORÁNEOS**

COORDINACIÓN GENERAL

Rocío Guijarro

COORDINACIÓN EDITORIAL

RGT Comunicaciones

TRANSCRIPCIÓN

Amalyn Pérez

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Eylin Serrano

© Centro de Divulgación del Conocimiento Económico «CEDICE»

Caracas, Venezuela 2019

Está permitida la reproducción de esta publicación, citando la fuente y con autorización previa del Centro de Divulgación del Conocimiento Económico «CEDICE»

 +58 212 571.3357

 cedice@cedice.org.ve

 @cedice

Av. Andrés Eloy Blanco (Este 2) Edificio Cámara de Comercio de Caracas. Nivel Auditorio
Los Caobos, Caracas, Venezuela.

PRESENTACIÓN |



CEDICE LIBERTAD celebra 35 años de trabajo en favor de la libertad individual, la iniciativa privada, la libre empresa, el respeto al derecho a la propiedad, el gobierno limitado y la búsqueda de la paz, un reto asumido que sigue guiando su labor en pro de la transformación de Venezuela.

Fue en 1984, cuando 40 venezolanos: empresarios, intelectuales y profesionales de distintas disciplinas decidieron fundar la organización para promover la transformación de la sociedad e insertar al país en la dinámica mundial, para ello consideraron fundamental divulgar las bondades de la libertad económica, la ética, la acción humana, la doctrina del liberalismo, como base para sociedad de ciudadanos libres y responsables.

| 5

En ese momento –y aún lo creemos fervientemente, con un trabajo sólido que mostrar en 35 años- que transmitir, educar, generar conocimiento y divulgar las ideas de una sociedad libre sigue siendo fundamental, ahora más que nunca

Desde entonces se han desarrollado las más diversas actividades. En cada uno de los programas que lleva adelante la institución, porque el compromiso con una Venezuela libre está sellado, ya que creemos firmemente, en que la única alternativa para nuestro país es la democracia liberal, para lograr pleno disfrute de la libertad individual en un sistema basado en la cooperación voluntaria.

Apoyo fundamental en los inicios de CEDICE, para la divulgación de las ideas fue **El Diario de Caracas**, uno de los medios de comunicación más comprometidos con estos principios, en ese momento dirigido por el miem-

bro fundador Carlos A. Ball M., empresario, intelectual liberal, preocupado siempre por el orden social de la libertad, para eliminar la pobreza y a quien hacemos un merecido reconocimiento con esta publicación. Este diario difundía semanalmente los libros que vendía la librería de Cedice, artículos de opinión de intelectuales vinculados a la institución y los domingos aparecían desplegados los **Clásicos Contemporáneos**, textos y documentos de autores clásicos y modernos que contenían ideas transformadoras para una sociedad de progreso y bienestar. Estos materiales no han perdido vigencia a pesar del tiempo, pues por ello son clásicos y de allí que en el marco de este 35 aniversario hemos querido poner en manos de los lectores interesados en estas ideas, especialmente de los más jóvenes.

El impacto en las comunidades de estos artículos, fue el origen de la primera edición de **Clásicos Contemporáneos** en 1985. Un volumen que reunía treinta ensayos de esta sección publicada en El Diario de Caracas que colocaba temas de importancia de diversos autores y que eran poco conocidos en el país.

Treinta y cinco años el país vive una profunda crisis económica, social, política, ya advertida en estos ensayos que conforman los Clásicos Contemporáneos; sin embargo, la tarea de Cedice Libertad y el compromiso por seguir trabajando para que todo cambie, sigue intacto.

6 | Es por ello que se ha hecho una selección para publicar de manera digital de doce de estos ensayos que consideramos fundamentales para el momento que vive el país, convencidos que su lectura, será propicia para conocer más las ideas de estos pensadores además de su claridad, calidad y capacidad para comprender los fenómenos sociales, cuando se atenta contra la libertad del individuo.

La selección de **Clásicos Contemporáneos**, contiene artículos de Friedrich von Hayek, Milton Friedman, James Buchanan, Ludwig von Mises, Paul Johnson, Robert Nisbet, Henry Hazlitt, Luigi Einaudi, Ernest van Den Haag, Murray Rothbard y Enrique Auvert. Pronto estaremos completando la colección con los demás ensayos que se publicaron.

Esperamos con este aporte contribuir al debate de las ideas, que lleven a Venezuela a insertarse en el mundo donde la vida, la libertad y la propiedad son la base para el desarrollo y la prosperidad.

El Consejo Directivo

BREVE BIOGRAFIA |

► Murray
N. **1926**
Rothbard **1995**

Economista e historiador estadounidense que perteneció a la escuela austriaca de economía. Fue profesor de economía del *Polytechnic Institute of New York*, recibió su doctorado en Columbia University y estudio bajo la tutela de Ludwig von Mises en *New York University*. Profesor Universidad de Nevada. Fue fundador y director del *Journal of Libertarian Studies* y del *Libertarian Market*. En el año 1977 creó la revista *Libertarian Forum* para difundir el ideario anarcocapitalista. En 1987 creó la revista: *Review of Austrian Economics*, la cual se mantiene en la actualidad con el nombre *Quarterly Journal of Austrian Economics*.

Fue fundador del *Cato Institute*, del *Ludwig von Mises Institute* y del Centro de Estudios Libertarios. Fue también uno de los fundadores del Partido Libertario en su país.

Entre sus obras publicadas se encuentran: *Man, economy and state* (1962), *America's Great Depression* (1963), *Power market* (1970), *For a new liberty* (1973), *Power and market* (1973), *Egalitarianism as a revolt against nature* (1974), *The ethics of liberty* (1982), *The case against the fed* (1994), *An austrian perspective on the history of economic thought* (1995).

LA FALACIA DEL SECTOR PÚBLICO

| Murray N. Rothbard ▲

Se habla mucho en los tiempos actuales acerca del sector público y abundan en el país solemnes discusiones sobre si debe o no incrementarse este sector a costa del sector privado. La propia terminología empleada transpira aires de ciencia pura. Brota, efectivamente, del mundo supuestamente científico y plagado de imperfecciones que gira en torno a la estadística del ingreso nacional. Pero el concepto es difícilmente libre de valores subjetivos. De hecho, está cargado de graves y objetables implicaciones.

En primer lugar, podemos preguntar ¿"Sector Público" de qué? De algo llamado "producto nacional". Obsérvese, sin embargo, que ese planteamiento encubre el supuesto de que el producto nacional es una especie de torta, que se compone de varios "sectores" y que esos sectores, tanto el público como el privado, se agregan para integrar el producto total de la economía. De esta manera se introduce subrepticamente en el análisis el supuesto, de que los sectores público y privado son igualmente productivos e importantes y tienen características equivalentes, por lo cual nuestra decisión sobre las proporciones relativas del sector público y del sector privado, es tan inocua como la decisión del individuo que elige entre comer helados o pasteles. Se considera así al Estado como una amable agencia de servicios, algo parecido a la tienda de la esquina o más bien al pabellón vecino, donde "nos" reunimos para decidir en común cuántas cosas debe llevar a cabo "nuestro gobierno" en sustitución o en beneficio de nosotros. Incluso, aquellos economistas

neoclásicos que propugnan la economía de mercado y la sociedad libre, contemplan a menudo al Estado como un órgano de prestación de servicios, generalmente ineficiente, pero no obstante amable y paternal que registra mecánicamente nuestras valoraciones y decisiones.

No parece difícil que tanto los profesionales como los paganos percibiesen el hecho de que el Gobierno no es algo parecido a los rotarios, que difiere profundamente de todos los demás órganos e instituciones sociales; que se caracteriza, en síntesis, porque vive y adquiere sus ingresos por la coerción y no por el pago voluntario. El extinto Joseph Schumpeter no ha sido nunca más sagaz que cuando escribió: "La teoría que construye los impuestos como equivalentes a las cuotas de un club o a la adquisición de servicios de, digamos, un médico, prueba solamente lo distante que se encuentra esta parte de las ciencias sociales de criterios científicos rigurosos. Dejando a un lado el sector público, ¿qué es lo que constituye la productividad del sector privado de la economía? La productividad del sector privado no se origina en el hecho de que los hombres se mueven activamente haciendo alguna cosa, cualquiera que ella sea, con sus recursos. Consiste en el hecho de que usan esos recursos para satisfacer las necesidades y los deseos de los consumidores. Los empresarios y los demás productores dedican sus energías, en el mercado libre, a producir aquellos productos que serán mejor pagados por los consumidores y la venta de esos productos mide, en consecuencia, aproximadamente la importancia que les atribuyen los consumidores. Si millones de hombres destinasen sus energías a producir coches de caballos, no podrían, en los tiempos actuales, venderlos y, por lo tanto, la productividad de su esfuerzo sería virtualmente nula. De otro lado, si los consumidores gastan unos cuantos millones de dólares en un año determinado en el producto "X", los estadísticos pueden razonablemente estimar que esos millones constituyen la productividad que corresponde en ese año a la producción de X en el sector privado de la economía.

Una de las más importantes características de nuestros recursos económicos es su escasez. La tierra, el trabajo y los bienes capital

son todos factores escasos y pueden ser todos destinados a usos diversos. El mercado libre los usa productivamente, porque los productores son inducidos en el mercado, en este caso, el estadístico actuaría los consumidores: automóviles, por ejemplo, en lugar de coches de caballos. Por lo tanto, aunque las estadísticas del producto total del sector privado parecen consistir en una mera adición de magnitudes, o en un mero agregado de unidades de producto, las medidas del producto suponen realmente la importante decisión cualitativa de considerar solamente como producto aquello que los consumidores están dispuestos a comprar. Un millón de automóviles vendidos en el mercado son productivos porque los consumidores lo consideran así. Un millón de coches de caballos, que resultasen invendibles, no se hubieran considerado producto porque hubieran sido desechados por los consumidores.

Imaginemos ahora que en ese mundo idílico del cambio libre penetra la mano del Gobierno. El Gobierno decide suprimir enteramente los automóviles por alguna razón que estima valedera (quizá porque los adornos espectaculares de la carrocería ofenden la sensibilidad estética de los gobernantes) y obliga a las fábricas de automóviles a producir una cantidad equivalente de coches de caballos. Bajo ese régimen hipotético, los consumidores estarían en cierto modo obligados a comprar los coches de caballos, ya que los automóviles estarían prohibidos. Es, sin embargo, evidente que en este caso, lo estadístico actuaría ciegamente si contabilizase alegre y simplemente los coches de caballos como si fuesen tan productivos como los automóviles. Considerarlos igualmente productivos sería una burla. No obstante, en las mencionadas condiciones, el producto nacional total no registraría ninguna disminución estadística, a pesar de que, en realidad, habría sufrido una drástica baja.

El ensalzado sector público plantea situaciones que son, incluso, peores que la de los coches de caballos en nuestro ejemplo hipotético. Pues la mayor parte de los recursos consumidos por las fauces gubernamentales no han sido nunca vistos y menos usados por los consumidores, quienes podían, al menos, montar en los coches de caballos. En el sector privado, la productividad de una empresa se mide por la cuantía de lo que gastan voluntariamente los consumi-

dores en sus productos. Pero en el sector público, la productividad de Gobierno se mide *-mirabile dictu-* por la cuantía de lo que el propio gobierno gasta. En las primeras construcciones de la estadística del ingreso nacional, los estadísticos confrontaron el hecho de que las actividades del Gobierno, a diferencia de lo que ocurre con los individuos y con las empresas, no podían estimarse por los pagos voluntarios del público, porque tales pagos eran imperceptibles o inexistentes. Presumiendo, sin prueba alguna, que el Gobierno debe ser tan productivo como cualquier otra entidad, determinaron utilizar sus gastos como medida de su productividad. De esta manera, no sólo resultan los gastos gubernamentales tan útiles como los privados, sino que todo lo que el Gobierno requiere para incrementar su productividad, es aumentar su burocracia. ¡La contratación de más burócratas es la manera de ver ascender la productividad del sector público! Ello es, ciertamente, una modalidad fácil, feliz de magia social para nuestros deslumbrados ciudadanos.

La verdad exactamente contraria a las suposiciones populares. Bien lejos de agregar satisfacciones al sector privado, el sector público sólo puede mantenerse a costa de él. Vive por necesidad parasitariamente de la economía privada. Ello significa que los recursos productivos de la sociedad, en lugar de destinarse a satisfacer las necesidades de los consumidores, se desplazan por métodos coercitivos, de esas necesidades y deseos. Los fines de los consumidores son deliberadamente frustrados y los recursos de la economía desviados de ellos hacia las actividades deseadas por los políticos y la burocracia parasitaria.

En muchos casos, los consumidores privados no obtienen absolutamente nada, excepto quizás la propaganda que se le transmite a sus propias expensas. En otros casos, los consumidores reciben algo que ocupa un rango muy inferior en su escala de preferencias -como ocurre con los coches de caballos de nuestro ejemplo. En cualquier caso, resulta evidente que el sector público es realmente anti productivo, que, en vez de agregarle, sustrae al sector privado de la economía. El sector público vive por el continuo ataque al verdadero criterio que se usa para medir la productividad, las adquisiciones voluntarias de los consumidores.

Podemos estimar el impacto fiscal del Gobierno en el sector privado sustrayendo los gastos gubernamentales del producto nacional. Pues los pagos del Gobierno a su propia burocracia apenas son adiciones a la producción, y la absorción por el Gobierno de recursos económicos excluye esos recursos de la esfera productiva. Esta estimación es, naturalmente, puramente fiscal. No intenta medir el impacto anti productivo de diversas regulaciones gubernamentales que mutilan la producción y el intercambio por vías distintas que la absorción de recursos. Tampoco tiene en cuenta numerosas otras falacias de la estadística del producto nacional. Pero, al menos, pone término a mitos comunes tales como la idea de que el producto de la economía americana creció durante la Segunda Guerra Mundial. Si sustraemos el déficit gubernamental, en vez de agregarlo, veremos que la productividad real de la economía declinó, como es razonable esperar que ocurra durante una guerra.

En otro de sus sagaces comentarios, Joseph Schumpeter escribió, refiriéndose a los intelectuales anticapitalistas: "...el capitalismo está procesado ante jueces que tienen la sentencia de muerte en sus bolsillos. Están decididos a dictar esa sentencia, sea cualquiera la defensa que escuchen; el único triunfo que una defensa victoriosa puede posiblemente obtener, es un cambio en la acusación". La acusación ha sido ciertamente cambiada. En el decenio de los treinta, escuchábamos que el Gobierno debía expandir sus funciones, porque el capitalismo había producido la pobreza de las masas. Hoy, bajo la égida de John Kenneth Galbraith, escuchamos que el capitalismo ha pecado porque las masas son demasiado opulentas. En tanto que antes la pobreza agobiaba a "un tercio del país" ahora debemos deplorar la "penuria" del sector público.

¿En qué criterios se basa Galbraith para deducir que el sector privado está demasiado hinchado y el sector público demasiado anémico y que, en consecuencia, el Gobierno debe ejercer coerción adicional para corregir su propia desnutrición? Ciertamente no se basa en criterios históricos. En 1902, por ejemplo, el producto nacional neto de Estados Unidos era de 22.1 miles de millones de dólares; y los gastos gubernamentales (federales, estatales y locales), tota-

lizaban 1.66 miles de millones, esto es 7.1 por ciento del producto total. Por otra parte, en 1957 el producto nacional neto era de 402.6 miles de millones de dólares y los gastos gubernamentales totalizaban 125.5 miles de millones, o sea, 31.2 por ciento del producto total. La depredación fiscal del Gobierno en el producto privado se ha multiplicado, por lo tanto, de cuatro a cinco veces en el presente siglo. Difícilmente puede considerarse a esto "penuria" del sector público. No obstante Galbraith sostiene que el sector público está siendo crecientemente "empobrecido" en relación con su estado en el no opulento siglo diecinueve. ¿Qué criterio pues, nos ofrece Galbraith para descubrir cuándo llegará finalmente a su nivel óptimo el sector público? La respuesta no es otra cosa que fantasía personal:

"Puede preguntarse cuál es el criterio de determinación del equilibrio -en qué punto puede deducirse que ha sido logrado el equilibrio en la satisfacción de las necesidades privadas y pública- La respuesta es que no puede aplicarse ningún criterio, porque no existe ninguno... El presente desequilibrio es claro... En vista de ello, la dirección en la cual debemos movernos para corregirlo, es manifiestamente sencilla"

Para Galbraith, el presente desequilibrio es "claro" ¿Por qué lo es? Porque contempla por todos lados y observa deplorables condiciones dondequiera que opera el gobierno. Las escuelas están atestadas, el tráfico urbano congestionado, las calles desordenadas, los ríos contaminados. Podría haber añadido que el número de delitos crece incesantemente y que los tribunales de justicia están sobrecargados. Todo esto ocurre en zonas sometidas a la propiedad y a la acción gubernamental. La única solución imaginada para corregir esas evidentes deficiencias, es insuflar más dinero en las arcas gubernamentales.

Mas, ¿cuál es la razón por la cual son solamente las entidades gubernamentales las que claman por más dinero y denuncian a los ciudadanos por su renuencia para suministrarlo? ¿Por qué no encontramos nunca en la esfera de la empresa privada realidades equivalentes a los atascos del tráfico (que ocurren en vías guber-

namentales), a las escuelas mal administradas, a las escaseces de agua, etcétera? La razón es que las empresas privadas adquieren el dinero que les corresponde por medio de dos fuentes: el pago que hacen voluntariamente los consumidores por los servicios prestados y la inversión que hacen voluntariamente los inversionistas en consideración a la expectativa de la demanda de los consumidores. Si aumenta la demanda de un bien que se encuentra en la zona de la empresa privada, los consumidores pagan más por el producto en cuestión y los inversionistas invierten más en su producción equilibrando así el mercado en el punto adecuado para la satisfacción de las necesidades de todos. Si aumenta, por el contrario, la demanda de un bien que se encuentra en la zona de la propiedad gubernamental (agua, calle, transporte subterráneo, etcétera), todo lo que escuchamos son recriminaciones contra el consumidor por derrochar recursos preciosos, combinadas con recriminaciones contra el contribuyente por resistirse a una mayor carga tributaria. La empresa privada tiene por esencial finalidad atender al consumidor y satisfacer sus demandas más urgentes. Las entidades gubernamentales, por el contrario, denuncia al consumidor como un enojoso usuario de sus recursos. Solamente un gobierno, por ejemplo, sería capaz de contemplar con simpatía la prohibición de los automóviles particulares como una "solución" al problema de las calles congestionadas. Los numerosos servicios "gratuitos" prestados por el Gobierno crean por lo demás, un excedente permanente de la demanda sobre la oferta y, por lo tanto, "escaseces" permanentes del producto. El gobierno, en suma, al adquirir sus ingresos por confiscación coercitiva, en vez de adquirirlos por la vía de la inversión y del consumo voluntarios, no es ni puede ser manejado como una empresa. Su burda e inherente ineficiencia, su imposibilidad de suplir adecuadamente el mercado, le convierten en fuente de conflictos en el panorama económico.

En otros tiempos, la mala administración inherente a las entidades gubernamentales era generalmente considerada como un argumento poderoso para mantener todo lo que fuera posible lejos de la acción del Gobierno. Después de todo, cuando uno ha invertido en un negocio y ha sufrido pérdidas, trata de abstenerse de verter más dinero en

él, sin embargo, Galbraith quisiera que redoblásemos nuestra determinación de verter el dinero duramente ganado por el contribuyente en la ratonera del sector público. ¡Y usa como principal argumento las propias deficiencias del método de acción gubernamental!

Galbraith tiene dos líneas de defensa para su tesis. En primer lugar, afirma que, al subir el nivel de vida de los pueblos, los nuevos bienes obtenidos no son tan valiosos para ellos como los primeros. Ello pertenece sin duda, a las nociones elementales de economía. Pero Galbraith se las arregla para deducir de ese hecho que las necesidades privadas de los pueblos no tienen ya valor alguno para ellos. Más, si esto es verdad, ¿por qué los "servicios" gubernamentales que se han expandido a un ritmo muy superior, son todavía tan valiosos que requieren un desplazamiento adicional de recursos hacia el sector público? Su argumento final es que las necesidades privadas son artificialmente inducidas por la publicidad de las empresas, las cuales "crean" automáticamente las necesidades que supuestamente sirven. En resumen, de acuerdo con el modo de pensar de Galbraith, si no estuvieren sometidos a esas influencias, los hombres se contentarían con una vida no opulenta, posiblemente a nivel de subsistencia. La publicidad es el villano que viene a echar a perder esa vida idílica primitiva.

16 | Prescindiendo del problema filosófico de como "A" puede crear las necesidades y deseos de "B", sin que tengan que ser refrendados por "B", nos enfrentamos a un curioso enfoque de la economía. ¿Es "artificial" todo lo que excede el nivel de subsistencia? ¿De acuerdo con qué criterios? Por lo demás, ¿cómo puede explicarse que una empresa se imponga la tarea y el costo adicional de inducir un cambio en las necesidades de los consumidores, cuando puede obtener beneficios satisfaciendo las necesidades existentes, no "creadas" por ella? La propia "revolución de los mercados" a que está sometida la empresa privada, su creciente y casi frenética concentración en la investigación de mercado, demuestra lo contrario al punto de vista de Galbraith. Pues si las empresas creasen, a través de la publicidad la demanda de los consumidores hacia sus productos, no habría necesidad alguna de investigar el mercado y no habría temor alguno de quiebra o

fracaso. En realidad, lejos de que el consumidor sea más "esclavo" de las empresas en una sociedad opulenta, la verdad es exactamente lo contrario, pues a medida que el nivel de vida sube por encima del nivel de subsistencia, el consumidor se hace más difícil y especial en sus compras. El empresario tiene que cortejar al consumidor más que antes y de aquí sus intensos esfuerzos de investigación del mercado para descubrir lo que el consumidor quiere comprar.

Existe, sin embargo, una zona en nuestra sociedad, en la cual las censuras de Galbraith, a la publicidad, casi pueden considerarse aplicables, pero es una zona que curiosamente él no menciona nunca. Se trata de la enorme dosis de publicidad y propaganda efectuada por el Gobierno. Es ésta una publicidad que irradia hacia el ciudadano las cualidades de un producto que, a diferencia de lo que ocurre con la publicidad de las empresas, aquél no tiene jamás la posibilidad de probar. Si la compañía de cereales X imprime la fotografía de una atractiva figura femenina, que proclama las excelencias del cereal X, el consumidor, aún si es lo suficientemente estúpido para tomarlo en serio, tiene la posibilidad de verificar personalmente esa proposición. Su propio gusto determinará si lo ha de comprar o no. Pero si una entidad gubernamental hace publicidad ante las masas de sus propias cualidades, el ciudadano no tiene modo alguno de aceptar o rechazar esas pretensiones. Si algunas necesidades son artificiales son aquellas generadas por la propaganda gubernamental. Por lo demás, la publicidad de las empresas es, al menos, pagada por los inversionistas y su éxito depende de la voluntaria aceptación del producto por los consumidores. La publicidad gubernamental es pagada por medio de impuestos extraídos de los ciudadanos y, por lo tanto, puede proseguir, año a año, sin control. El infortunado ciudadano es inducido por la publicidad gubernamental para que aplauda los méritos de aquellos que, por procedimientos coercitivos, le obligan a costear esa propaganda. Esto es verdaderamente agregar el insulto al daño patrimonial.

Si Galbraith y sus seguidores son pobres mentores para comprender el sector público, ¿cuál es la orientación que se deriva de nuestro análisis? La contestación es la que formuló hace tiempo Jefferson: "Aquel

gobierno es mejor mientras gobierna menos". Cualquier reducción en el sector público, cualquier desplazamiento de actividades de la esfera pública a la privada, constituye un beneficio moral y económico neto.

Gran número de economistas tienen dos argumentos básicos en favor del sector público que sólo podemos considerar muy brevemente aquí. Uno es el problema de los beneficios externos. A y B se benefician, se afirma, si pueden obligar a C a efectuar algo. Mucho puede alegarse en crítica de esta doctrina. Baste decir aquí que cualquier argumento que proclame el derecho y la bondad que tienen, digamos, tres vecinos que anhelan formar un cuarteto de cuerdas, para obligar a un cuarto vecino a punta de bayoneta a aprender a tocar la viola, apenas merece un comentario serio. El segundo argumento es más sustancial. Despojado de la jerga técnica, sostiene que algunos servicios esenciales no pueden ser suministrados por la esfera privada y que, por lo tanto, es necesario que sean suministrados por el Gobierno. Sin embargo, todos los servicios suministrados por el Gobierno han sido, en algún tiempo, atendidos con éxito por la empresa privada. La débil afirmación de que los particulares no pueden suministrar esos bienes no ha sido apoyada en las obras de estos economistas, por ninguna clase de pruebas. ¿Por qué razón, por ejemplo, los economistas tan propensos a soluciones pragmáticas o utilitarias, no reclaman experimentos sociales en esta dirección? ¿Por qué deben hacerse siempre los experimentos políticos en la dirección que favorece más actividad gubernamental? ¿Por qué no dejar al mercado libre los servicios de una entidad municipal, o incluso, de una o dos entidades estatales y ver lo que es capaz de realizar?



ISBN: 978-980-7118-78-1



9 789807 118781